

tuve ó no mala suerte; pero anduve de caza durante media hora sin el menor éxito. Por fin, acerté á dar con un corto pasaje más virgiliano, á mi ver, que el mismo Virgilio. Dígame usted que le parece de mi crítica. Forma parte del discurso de Apolo al laurel.

*Semper habebunt.*

*Te coma, te citharae, te nostrae, laure pharetrae.*

*Tu ducibus Latiis aderis, cum laeta triumphum*

*Vox canet, et longas visent Capitolia pompas.*

*Portibus Augustis eadem fidissima custos.*

*Ante fores stabis, mediamque tuebere quercum.*

En cuanto á los otros escritores latinos, Salustio ha bajado deplorablemente en mi opinión. César ha subido portentosamente. Le considero con pleno derecho al elogio de Cicerón (1). Ha conquistado el mérito de historiador excelente, cuando él sólo pensaba suministrar datos para la historia. Pero ¿qué son todos ellos al lado del gran ateniense? Aseguro á usted que no hay en el mundo composición en prosa, ni aun el *De Coroná*, que yo coloque tan alta como el séptimo libro de Tucídides. Es el *ne plus ultra* del arte humano. El otro día tuve el gusto de ver en las cartas de

(1) En el diálogo *De Claris Oratoribus* Cicerón dice por boca de Atico que un juez consumado del estilo (lo cual quiere decir evidentemente el mismo Cicerón) declara el latín de César el más elegante que se ha oído jamás en el Senado ó en el Foro (con una excepción, que se sobreentiende). Atico refiere después circunstanciadamente un elogio que había tributado César á la elocuencia de Cicerón; y Bruto declara con entusiasmo que tal elogio, viniendo de tal parte, vale más que un triunfo, tal y como los triunfos se celebraban entonces, y sólo cede en precio á los honores otorgados á los estadistas que habían anulado á Catilina. Todo el pasaje es un modelo de glorificación de sí mismo de una habilidad consumada.

Gray esta pregunta dirigida á Wharton: «La retirada de Siracusa, ¿es ó no la cosa más hermosa que ha leído usted en toda su vida?»

¿Ha leído usted alguna vez por entero á Ateneo? Yo nunca, pero estoy meditando un ataque. La multitud de citas es muy tentadora, y yo jamás le he abierto un minuto sin ver recompensado mi trabajo.

Suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 30 de Diciembre de 1835.

Querido Ellis: No adivino cuál pueda ser el término del *bill* sobre la reforma municipal. Nuestras últimas noticias de Inglaterra son del 15 de Agosto. Los lores (1) se afanaban entonces por hacer al país el único gran servicio que, á mi juicio, puede esperarse de ellos; es decir, apresurar el día del ajuste de cuentas. Pero no quiero llenar mi carta de política inglesa.

Disfruto de excelente salud. Lo mismo mi hermana y mi cuñado, y su chiquitina, á quien siempre estoy mimando, y á quien voy aficionándome más de lo que un hombre cuerdo, con la mitad de mi experiencia, se arriesgaría á aficionarse á nada, salvo á sí mismo. Hasta hace poco no he empezado á cobrar ánimos. El terrible golpe que cayó sobre mí á principios de este año ha dejado tras sí señales que llevaré á la sepul-

(1) A mediados de Agosto el *bill* sobre los diezmos irlandeses pasó á la Cámara de los Lores, donde estaba destinado á sufrir una mutilación, que fué fatal para su existencia.

tura. La literatura me ha salvado la vida y la razón. Aun ahora, en los intermedios de mis ocupaciones, no me atrevo á quedarme solo un minuto sin un libro en la mano. Sobre mi plan de vida cuando vuelva á Inglaterra tengo muchas dudas. Pero estoy más que medio resuelto á abandonar la política, y á dedicarme por completo á las letras, á emprender alguna gran obra histórica que sea juntamente la ocupación y la distracción de mi vida, y á dejar á Roebuck y á Praed los placeres de las salas pestíferas de las noches en vela, de los dolores de cabeza y los desarreglos de estómago.

Puede que en Inglaterra varíe mucho de opinión. Pero, en medio del sosiego de mi jardincillo, cuando la luna, al levantarse, me encuentra con *Filoctetes* ó el *De Finibus* en la mano, suelo preguntarme con asombro qué extraño capricho conduce á hombres, que podrían hacer algo mejor, á malgastar su inteligencia, su salud, su energía, en cosas como las que persigue la mayoría de los estadistas. Yo comprendo perfectamente que un hombre que puede discutir, pero que sería una figura adocenada como redactor de una Revista—un hombre como Stanley, por ejemplo,—siga el único camino que tiene para distinguirse. Pero que un hombre ante quien se abren las dos sendas de la literatura y de la política, y que puede llegar á la eminencia por cualquiera de las dos, escoja la política, me parece una locura. En un lado están la salud, el vagar, la paz del ánimo, la investigación de la verdad y todos los goces de la amistad y de la conversación. En el otro lado están la ruina casi segura de la salud, la constante ansiedad y los continuos afañes. Todas las amistades que puede tener un hombre pasan á ser precarias en cuanto entra en la política.

Respecto al ultraje, los hombres no tardan en hacerse insensibles á él; pero la disciplina que los hace insensibles es bien dura. ¿Y cómo se explica que un hombre que puede, si quiere, levantarse y acostarse cuando le parezca, emprender cualquier estudio, disfrutar de cualquier distracción y visitar cualquier sitio, se resigne á estar tan preso como si se hallase en la Fleet, á permanecer recluido durante once meses del año dentro de un círculo de media milla en torno de Charing Cross, á permanecer sentado ó de pie, noche tras noche, durante diez ó doce horas, respirando una atmósfera nociva y escuchando peroratas cuyas nueve décimas están muy por debajo del nivel de un artículo de periódico? ¿Cómo se explica que se someta día tras día á ver amanecer á orilla de el Támesis, para marcharse después á la cama con las sienes ardiendo? ¿Es por la fama? ¿Quién compararía la fama de Carlos Townshend con la de Hume, la de lord North con la de Gibbon, la de lord Chatham con la de Johnson? ¿Quién puede acordarse de la vida de Burke, y no lamentar que los años que pasó destruyendo su salud en empresas políticas no se hubiesen empleado en la composición de una obra grande y duradera? ¿Quién puede leer las cartas á Atico, y no comprender que Cicerón hubiese sido un hombre infinitamente más feliz y mejor, y no menos célebre, si nos hubiese dejado menos discursos políticos y más cuestiones académicas y tusculanas, si el tiempo que se pasó hablando de Vatinio y de Clodio le hubiese dedicado á escribir una historia de Roma superior á la misma de Tito Livio? Pero estas, como decía, son meditaciones hechas en un tranquilo jardín, muy lejos de la influencia contagiosa de los partidos ingleses. Lo que yo pueda sentir, si vuelvo á verme en Downing Street y

en Palace Yard, es otra cuestión. Le digo á usted sinceramente mis sentimientos actuales.

He hecho la lista de mis lecturas hasta fines de 1835. Comprende Diciembre de 1834, porque vine á mi casa y desempaqueté los libros á fines de Noviembre de 1834. Durante los trece meses he leído: Esquilo, dos veces; Sófocles, dos veces; Eurípides, una vez; Pindaro, dos; Calímaco, Apolonio de Rodas, Quinto Calaber; Teócrito, dos veces; Heródoto, Tucídides; casi todas las obras de Jenofonte; casi todo Platón; la *Política* de Aristóteles y una buena parte de su *Organon*, á más de recorrer algunas otras cosas suyas; todas las *Vidas* de Plutarco; alrededor de una mitad de Luciano; dos ó tres libros de Ateneo; Plauto, dos veces; Terencio, dos veces; Lucrecio, dos veces; Catulo, Tibulo, Propertio, Lucano, Estacio, Silio Itálico, Tito Livio, Velleo Patérculo, Salustio, César, y finalmente, Cicerón. Algo me he dejado aún de Cicerón, pero lo acabaré dentro de pocos días. Ahora estoy á vueltas con Aristófanes y Luciano. De Aristófanes pienso lo que pensé siempre; pero Luciano me ha sorprendido de una manera muy agradable. En la escuela leí algo de los *Diálogos de los Muertos*, cuando tenía trece años; y desde entonces, con gran vergüenza mía, no recuerdo haber leído una línea de él. Me tiene embelesado. Su estilo me parece superior al de cualquiera de los escritores posteriores á la época de Demóstenes y de Teofrasto. Tiene un humorismo delicioso especial. No es el de Aristófanes, ni el de Platón, y sin embargo, al de ambos se asemeja—no iguala, es verdad, al uno ni al otro, pero, á pesar de todo, cautiva en extremo.—No sé dónde encontrar, en la decadencia de una literatura, ejemplo de un escritor que haya demostrado invención tan rica y gusto tan puro. Pero, si la

tomo con estas materias, llenaré cara sobre cara. Tienen que aguardar hasta que demos otro largo paseo ó nos vayamos á comer juntos, es decir, hasta el verano de 1838.

Tenía que contarle á usted una cosa muy larga sobre un examen clásico de aquí; pero no tengo tiempo. Sólo puedo decir que algunos de los competidores trataron de leer el griego cogiendo el libro al revés; y que el gran hombre del examen, el Thirwall de Calcuta, un graduado del Colegio de la Trinidad, Dublin, tradujo las palabras de Teofrasto *ὅσας λειτουργίας λελειτούργηκε* (1), «cuántas veces había celebrado el oficio divino».

Siempre suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

Que la enorme serie de obras clásicas consignada en la carta anterior, no sólo fué leída por completo, sino leída atentamente, pruébanlo las señales con lápiz, sencillas, dobles y triples, que aparecen al margen de los pasajes que excitaban su admiración, y las observaciones literarias, históricas y gramaticales diseminadas en cada volumen y á veces en cada página. Cuando se trata de un autor favorito, Macaulay corrige frecuentemente las erratas de imprenta, y aun la puntuación, con tanta minuciosidad como si estuviese preparando una nueva edición del libro. Cuatro veces leyó en Calcuta á Plauto, Terencio y Aris-

(1) «Cuántos servicios públicos había desempeñado á sus expensas.» Macaulay solía decir que una señora que hojea la historia de Grote, y aprende que Alcibíades ganó el corazón de sus compatriotas por la novedad de sus teorías y el esplendor de sus liturgias, puede formarse una falsa idea de las relaciones de ese estadista con el público ateniense.

tófanos, y tres á Eurípides. En su ejemplar de Quinto Calaber (un versificador algo más conocido por el nombre de Quinto de Esmirna) se leen las anotaciones:

«22 de Septiembre de 1835.

Vuelto á leer, 13 de Julio de 1837.»

Cabe dudar si las *Pandectas* habrían alcanzado la celebridad de que gozan en el supuesto de que, durante los tres años en que trabajó la comisión legislativa de Justiniano, su presidente Triboniano hubiese leído dos veces á Quinto de Esmirna.

Calcuta, 30 de Mayo de 1836.

Querido Ellis: Acabo de recibir su carta de 28 de Diciembre. ¡Cómo vuela el tiempo! Ha pasado casi otra estación seca, y esperamos todos los días el principio de las lluvias. Estación fría, estación cálida y estación lluviosa, todas vienen á ser lo mismo para mí. De aquí á dos semanas escasas hará dos años que estoy en tierra india, y no he tomado diez granos de medicamento sólido ni una pinta de medicamento líquido en todo ese tiempo. Si hubiese de juzgar sólo por mis propias sensaciones, diría que se ha calumniado á este clima; pero las caras espectrales y amarillentas que me rodean sirven para corregir los juicios que me inclinaría á formar el estado de mi salud.

Un efecto execrable produce el clima. Destruye casi todas las obras del hombre. El acero se oxida; las navajas de afeitar se embotan; las telas se deshacen;

los libros se pulverizan y se evaporan de sus encuadernaciones; el yeso se grietea; la madera se pudre; la estera se hace trizas. El sol, los vapores de esta vasta comarca diluviana y los infinitos ejércitos de hormigas blancas hacen tales estragos en las construcciones, que las casas necesitan una reparación completa cada tres años. La nuestra estaba en ese caso hace tres meses; y, si nos hubiésemos decidido á arrostrar las lluvias sin precauciones, lo probable es que el techo se nos hubiese venido encima. Tuvimos, pues, que emigrar de nuestras suntuosas estancias y de nuestros macizos de flores á un calabozo donde nos ahogaban los olores de los guisos indígenas y nos ensordecía el estruendo de la música indígena. Por fin hemos vuelto á nuestra casa. La encontramos toda blanca como la nieve y verde manzana, y es un placer pensar que no volveremos á salir de ella sino para meternos en el barco que nos lleve á Londres.

Durante algunos meses hemos estado en medio de la que la gente llama aquí una tempestad política. Para una persona acostumbrada á los huracanes de la lucha política en Inglaterra, esta especie de tempestad en un estanque es una pura ridiculez. Hemos puesto á los colonos ingleses del interior bajo la jurisdicción exclusiva de los tribunales de la Compañía en los pleitos que tengan con los naturales. Los colonos ingleses están satisfechos; pero los letrados del Tribunal Supremo han armado una gritería, que á ellos les parece terrible, y que á mí me ha divertido mucho. Me han tomado por blanco de sus invectivas, y soy el tema diario de cinco ó seis columnas de prosa y verso. No tengo paciencia para leer la décima parte de lo que dicen. La última oda que he visto en mi loor principia: «Pronto te depondrán, Tomás Macaulay.» La